

Fray Andrés de Olmos: *Tratado sobre los siete pecados mortales*. Paleografía del texto náhuatl, versión española, introducción y notas de Georges Baudot. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas 1996, clxxii-262 p. (*Facsimiles de Lingüística y Filología Nahuas*, 8).

Después del trauma de la Conquista, algunas grandes personalidades religiosas dominaron los primeros contactos con los *mexicah* herederos del imperio azteca en el centro de México. Fray Andrés de Olmos, religioso franciscano que llegó a México en 1528, fue una de las más brillantes de estas personalidades. Sus obras, redactadas apenas unas decenas de años después de la Conquista, forman un conjunto variado, ya que cuentan con una colección de discursos ceremoniales amerindios (el *huehuetlatolli* o “antigua palabra”), la primera gramática conocida de la lengua náhuatl y sermones destinados a la prédica evangelizadora.

Nadie conoce mejor a este gran religioso que Georges Baudot, quien después de haberse dedicado a la utopía franciscana en México<sup>1</sup> publicó en la prestigiosa revista *Estudios de Cultura Náhuatl* varios artículos sobre las “antiguas palabras” recolectadas por Olmos. Después emprendió la gigantesca tarea de paleografiar y traducir dos manuscritos destinados por Olmos a la prédica evangelizadora e inéditos hasta entonces: el *Tratado de hechicerías, y sortilegios*, publicado hace algunos años,<sup>2</sup> y el *Tratado sobre los siete pecados mortales*, que ofrece hoy y aquí al lector.

Conservado en la Biblioteca Nacional de México, el manuscrito cuenta con setenta y seis folios, y este último *Tratado* es una colección de sermones en lengua náhuatl inspirada en una obra en latín de San Vicente Ferrer, *Sermones de Peccatis capitalibus pro ut septem petitionibus orationis Dominicae opponuntur*. Este dominico del siglo XIV, muy conocido por el vigor de sus prédicas dirigidas a judíos y musulmanes, tuvo sobre España y sobre la Nueva España de principios del siglo XVI una influencia de la cual los sermones de Olmos dan amplio testimonio. La edición de Georges Baudot ofrece, después de un prefacio, el facsímil del manuscrito de Olmos al que sigue su versión paleográfica cuidadosa y su traducción a la lengua española. Una sencilla ojeada al facsímil nos revela la amplitud de la tarea emprendida por el autor. Efectivamente, si la escritura en su conjunto parece perfectamente legible, la mitad del manuscrito está muy dañada, lo que hace que su lectura sea sumamente difícil para alguien menos experimentado que Georges Baudot. Los investigadores podrán agradecerse mucho, tanto más que el *Tratado* de Olmos es una obra que seguirá siendo consultada, leída y estudiada, como conviene al ser una de las obras fundadoras de la evangelización en lengua náhuatl.

La primera tarea de los religiosos franciscanos fue de índole semántica. Mientras algunos intentaban expresar en lengua náhuatl conceptos teológicos complejos como el de la Santísima Trinidad, las potencias del alma, o las virtudes teologales, Olmos emprende aquí la tarea de procurar una traducción a los siete pecados capitales

<sup>1</sup> Georges Baudot, *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*. (Trad. de Vicente González Loscertales). Madrid. España-Calpe, 1983, 543p. (Colección *Espasa Universitaria*, núm. 12). Véase, la traducción en lengua inglesa, revisada y puesta al día. *Utopia and History in Mexico. The First Chroniclers of Mexican Civilization (1520-1569)*. Translated by Bernard R. Ortiz de Montellano and Thelma Ortiz de Montellano. Niwot, Colorado, University Press of Colorado, 1995, XXI + 566 p.

<sup>2</sup> *Tratado de hechicerías y sortilegios*. Paleografía del texto náhuatl, versión española, introducción y notas de Georges Baudot. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1990; LXX+81p. (*Facsimiles de Lingüística y Filología Nahuas*, 5).

y a la multiplicidad de sus formas. A él debemos los primeros hallazgos: el orgullo (*nepoaliztli*), la avaricia (*teoyeuacatiliztli*), la lujuria (*auilnemiliztli*), la gula (*xixicuiyotl*), la ira (*cualaniliztli*), la pereza (*tlatçihuiçotl*), la envidia (*neyolcocoliztli*). Con sorpresa vemos a Olmos emprender una tipología del pecado carnal, clasificando bajo la rúbrica *tecuilontiliztli* (literalmente sodomía, traducida con mucha razón por Baudot como “pecado contra natura”) cuatro faltas, entre las cuales la masturbación (descrita pero nefanda), la sodomía (expresada en su apelativo español) y la bestialidad. Para esta última perversión, Olmos inventa el término *mazayotl*, construido a partir de *mazatl*, el venado. ¿Por qué este animal? Sin duda, porque en esta época se ve como el arquetipo del cuadrúpedo (se nombró “venados” a los caballos traídos por los españoles), pero quizá también porque esto connota la idea de una vida disoluta (¿acaso el pecador no anda siguiendo “el camino del venado y del conejo”?).

Olmos intenta hallar el vínculo entre las dos culturas. Sentimos literalmente su alegría al encontrar un puente cuando menciona (p. 121) la cita latina según la cual la prostituta es como un foso profundo (*fovea profunda*) que mata a los que en él caen. Nuestro franciscano tiene, efectivamente, particular afición por las expresiones nahuas que suplican a los hombres no perderse al caer en precipicios, en hoyos, en trampas. Esta búsqueda sistemática de un simbolismo común a las dos culturas es, sin duda, una característica de este misionero, característica que obviamente habrá de ser objeto de estudios ulteriores.

En este texto de tan grande riqueza, cada uno podrá hacer sus propios descubrimientos. Por mi parte, he tenido la sorpresa de encontrar en él los orígenes de una tradición que más tarde se implantará con mucha fuerza entre los eclesiásticos mexicanos. Éstos, efectivamente, retomarán la costumbre medieval de los *exempla* o anécdotas ejemplares, diseminadas en la prédica evangelizadora con el fin de convencer al público por medio de una lección saludable. Pero sólo después del Concilio de Trento, es decir en la segunda mitad del siglo XVI, es cuando jesuitas como Robert Bellarmin, Pierre Canisius o Franz Coster redactarán en el Viejo Mundo las primeras compilaciones de *exempla*, que conocerán su edad de oro en el siglo XVII y que serán muy aprovechadas en las prédicas en lengua náhuatl. Fray Andrés de Olmos escribe mucho antes de esta renovación. Así, sus fuentes aún son medievales y se inspiran, a través de San Vicente Ferrer, directamente en el siglo XIII de Europa.

Cada anécdota se anuncia con una nota al margen: (“Ex<sup>o</sup>”, para *exemplo*) y en los términos: *Yzcatqui neixcuitilli anoço tlamauçolli*, “he

aquí un ejemplo o un prodigio (un milagro)", términos que volveremos a encontrar más tarde en los sermones mexicanos de los siglos XVII y XVIII. Pero, a diferencia del uso que imperará en los siglos siguientes, Olmos casi nunca cita sus fuentes, ni el lugar ni la fecha en que se produce el acontecimiento que él expone. El estilo que él utiliza para traducir estos *exempla*, sencillo y claro, anuncia de manera sorprendente el de las traducciones posteriores.

He hallado en estos sermones casi una decena de anécdotas (una sobre la avaricia, la usura, el amor hacia los bienes temporales, la lujuria y la pereza, y cuatro sobre la ira) entre las cuales muchas son muy conocidas desde la Edad Media y van a conservar a lo largo del tiempo una fama muy notable. Así, por ejemplo, la historia de este viudo (fol. 348r, p. 126-127) que vuelve a casarse con dos mujeres, una joven y la otra vieja, con la intención de beneficiarse con las ventajas que ofrecen la una y la otra. Pero la joven le va arrancando las canas para que parezca joven, mientras que la vieja le arranca los cabellos negros para que parezca viejo, de tal modo que termina calvo. Esta fábula de Esopo, que recogió La Fontaine, se encontraba ya en los sermones de Jacques de Vitry y Etienne de Bourbon en el siglo XIII. Del mismo modo, pocos españoles de la época ignoraban la historia del ermitaño (fol. 344v, p. 114-115) que para librarse de los avances de una mala mujer puso sus dedos a quemar en las llamas, diciendo que podía soportar mucho más fácilmente este pequeño dolor que aquel del fuego del infierno. Esta anécdota proviene de la *Vida de los padres*, estos ermitaños del desierto de Egipto cuyos hechos y dichos fueron recogidos en el siglo V para ser luego traducidos y reproducidos muy a menudo, notablemente en el *Libro de los Enxemplos* en España y por el predicador Jacques de Vitry.

De la *Vida de los padres* proviene igualmente una anécdota sacada de los hechos y gestos del anacoreta San Antonio (fol. 373r, p. 214-215) quien "en su desierto", ("en su llanura", como traduce Olmos: *ixtlahuaca*), aprendió por lecciones de un ángel cómo luchar contra la pereza y organizar su tiempo entre el trabajo y la oración. La leyenda de San Ambrosio, frecuentemente retomada en las colecciones de vidas de santos, como *La leyenda dorada* de Vorágine, es por su parte utilizada aquí para mostrar que las pruebas y sufrimientos son necesarios (fol. 368, p. 197-199). San Ambrosio, padre de la Iglesia del siglo IV, viajó un día a Roma y gozó de la hospitalidad de un hombre rico de Toscana (detalles que Olmos omite, fiel a su costumbre de nunca citar ni lugares ni fechas). Como este hombre le decía que nunca había conocido la adversidad, el santo suplicó a los que le acompañaban que huyeran, cada cual más rá-

pido, porque “el Señor no estaba en esa casa”. Apenas se alejaron, la tierra se abrió (en la versión de Vorágine) y una piedra cayó sobre la casa (en la versión de Olmos) destrozando a este hombre y todo lo que le pertenecía.

De este modo, el paciente trabajo de Georges Baudot encontrará cumplida recompensa en la utilización que harán historiadores, antropólogos y lingüistas de su edición de este gran franciscano quien fue, según palabras de Mendieta (p. XI del prefacio del autor) “fuente de donde todos los arroyos que de esta materia han tratado, emanaban...”

DANIÈLE DEHOUE  
CNRS-GRAL (Toulouse)